

en la cocina inútilmente, mas a la cuarta consiguió al fin su propósito: acechó un día muy de mañana la salida del cocinero y entró entonces con pretexto de entregarle unos gazapitos vivos del Pardo. Estaba la esclava junto al fogón donde acababa de poner la olla: dióle Juan Rubio los gazapitos, y como estaban vivos y se rébullían para escapar, fuélos a encerrar la pobre vieja en una especie de jaula que en un corralillo próximo había... Entonces levantó Juan Rubio prontamente la tapa del puchero y echó dentro como un dedal de polvos blancos, que era la cantidad marcada por Enríquez.

A las once sirvieron la comida a Escovedo su mujer y su hijo Pedro que amorosamente le cuidaban; mas al primer bocado que gustó el secretario, arrojó lejos de sí la escudilla quejándose de saber aquello a *hiel de retama*. El veneno, descompuesto sin duda por la acción del fuego, había comunicado al guiso un amargor insoportable con que no contaban los envenenadores. Extrañáronse todos; hiciéronse pesquisas y como registrasen cuidadosamente la olla, encontraron en el fondo señales evidentes del veneno.

Recayeron al punto las sospechas sobre la infeliz esclava, que en vano protestó de su inocencia. Fué presa y cargada de cadenas, y puesta en el tormento la desdichada anciana, confesó en su debilidad el crimen que no había cometido. Retractó después enérgicamente esta confesión arrancada entre dolores: pero ya era tarde y condenada a la pena de horca, diéronla muerte a los pocos días en la plaza pública.



## XXI



AS sucedió que en aquellos mismos días en que tan milagrosamente escapaba Escovedo de las tres tentativas de envenenamiento, llegó a Madrid una noticia, temida siempre, y a cada momento esperada, que vino a cambiar por completo la política y los planes de Felipe II... La guerra había estallado en Flandes más cruel y encarnizada que nunca, provocada por los mismos rebeldes, y D. Juan de Austria, recibiendo materialmente de limosna un puñado de dinero para acallar sus escasas tropas tudescas, y uniendo a estas algunos soldados españoles de los retirados en Francia, que espontáneamente volaron en su ayuda al saberle en tanto peligro, recogía gloriosamente en Gembleux el guante que le arrojaban los rebeldes, alcanzando sobre ellos aquella maravillosa victoria que tan de relieve puso su valor personal, su pericia de caudillo, su profética sagacidad política, y su profunda fe de cristiano.—*Con esta señal vencí a los turcos: con esta señal venceré a los herejes*,—había puesto en torno de la cruz que campeaba en su estandarte; y al escribir a sus amigos

D. Rodrigo de Mendoza y el Conde de Orgaz la estupenda nueva de que sus pérdidas en la batalla no ascendían sino a cuatro muertos y quince heridos, pasando las del enemigo de cinco mil, añadía humildemente: «Hízolo Dios, y suya sola fué la jornada, en tiempo que, a no hacerse, a estas oras muriéramos de ambre embultos en otros cien mil peligros».

Estas nuevas trajo a Felipe II el Barón de Villy a quien D. Juan de Austria despachó con este objeto después de la batalla, que fué el 31 de Enero de 1578. Informóle también el prócer flamenco del estado de horribles turbulencias en que se hallaban aquellas provincias, todas en completa rebeldía, sin que se respetase en ellas la Religión, ni se obedeciese al Rey, ni se acatasen para nada los fueros de los católicos. Las plazas fuertes, en abierta sedición, daban sus tropas: las ciudades, las villas, y hasta las más miserables aldeas, armaban sus milicias y todos se unían y combinaban para perseguir a D. Juan, desprovisto de todo auxilio, rodearle, estrecharle, destrozarle y hundir con el esforzado caudillo el odiado yugo castellano. La victoria de Gembleux alcanzada por D. Juan hizoles retroceder y ensanchar el círculo, como cobardes lebreles que vieran al león que creían extenuado, levantarse de repente con la melena erizada y extendida la garra. Muchos no pararon hasta Bruselas y de allí mismo huyeron algunos a refugiarse en Amberes no creyéndose seguros. Mas una vez recobrados de su susto y su sorpresa y cerciorados de que el valor era lo único que abundaba en el campo de D. Juan, volvían ya a reunirse y a estrechar de nuevo el círculo, avanzando lentamente y con gran cautela, hasta que al cabo caerían sobre D. Juan de Austria y le aniquilarían bajo el peso de su número, si no se le prestaba el urgente auxilio que pedía en sus cartas. En estas cartas que el mismo Barón

de Villy entregó a Felipe II, hacía D. Juan una viva pintura de su situación, y pedía con mayor urgencia que nunca, gente y dineros en abundancia: pedía también que le despachase a su secretario Escovedo, y con la mayor buena fe y la más absoluta ignorancia de lo que a este acontecía, recomendábale calurosamente a su hermano D. Felipe para ciertas mercedes, que según D. Juan atestiguaba, tenía muy bien merecidas.

Todo este conjunto de hechos y de circunstancias, trajo a Felipe II al conocimiento de dos cosas distintas que tenían entre sí conexión íntima: una, de que ya era tiempo de abandonar en Flandes su decantada política de paz, y refugiarse, si era sazón todavía, en la de fuerza que desde tantos meses antes su hermano le recomendaba. Otra, de que una vez desencadenada la guerra en Flandes por los mismos rebeldes, cesaba por completo el peligro de que Escovedo la encendiese, y por consiguiente la razón de Estado que le había hecho condenarle a muerte... Duro era para D. Felipe reducir a la práctica aquel convencimiento íntimo de ambas cosas: porque para lo primero tenía que retractar una opinión propia por largo tiempo y con gran tesón sostenida; y para lo segundo tenía que ahogar los rencores, las antipatías y las vengancillas de amor propio, que unidas a lo que D. Felipe conceptuaba errónea, pero sinceramente *razón de Estado*, habían influido indudablemente en su ánimo al dictar la sentencia de muerte de Escovedo. Mas la poderosa voluntad del Rey Prudente supo ahogar vanidades propias y disimular por lo menos rencores y antipatías y entrar por el nuevo camino franca y decididamente. Escribió, pues, a D. Juan de Austria con el Barón de Villy «que si antes había andado remiso en hacer la guerra a los rebeldes por darles tiempo para reducirse, ya que su clemencia no había servido sino para que le ofendiesen más,

quería sostener su autoridad con las armas, y para que pudiera hacerlo en su nombre le enviaba novecientos mil escudos, ofreciendo proveerle en adelante de doscientos mil cada mes, con los cuales había de sustentar un ejército de 30.000 infantes y 6.500 caballos, sin perjuicio de concederle cuanto él creyese conveniente». Enviábale además otro nuevo edicto, que le mandaba publicar, en que, después de enumerar las ofensas que a Dios y a su autoridad habían hecho los rebeldes, ordenaba que obedeciesen todos a D. Juan de Austria como lugarteniente suyo; que los diputados cesasen en sus juntas y se volviesen a sus provincias, hasta que fuesen legítimamente convocados: anulaba todo lo decretado por ellos: prohibía a los del Consejo de Estado y Hacienda usar de sus oficios mientras no obedeciesen a su Gobernador General, y mandaba restituyesen todo lo usurpado al Real Patrimonio. Al mismo tiempo daba orden de marchar al campo de D. Juan, donde estaba ya Alejandro Farnesio con parte de los tercios españoles, al Maestre de Campo D. Lope de Figueroa con cuatro mil veteranos que allí quedaban; al Duque de Fernandina y a D. Alfonso de Leiva con varias compañías de españoles, y a Gabrio Cervelloni, ya rescatado por el Papa del poder del turco, con dos mil italianos que había levantado en Milán.

Dispuestos así todo lo concerniente a la guerra, escribióle con respecto a Escovedo el 8 de Marzo de 1578, estas terminantes palabras: «*A el Secretario Escovedo tendré cuidado de mandar despachar con brevedad, y en lo demás que me escribís por él, así por esto como por lo que él merece, terné la cuenta que es razón en sus particulares*». Esta importantísima carta que se conserva en el Archivo de Simancas, (Est. Flandes, leg. 575) prueba que en aquella fecha del 8 de Marzo, había ya Felipe II retractado la

muerte de Escovedo, y había también ordenado a Antonio Pérez abreviar su despacho para Flandes, puesto que el 12 del mismo mes, escribe a éste respondiendo al margen de una carta suya. «... y vuelvos a recordar lo que os escribí de abreviar con el Verdinegro Escovedo) que save mucho y no se entenderá».

Y sin embargo, veintidós días después, el 31 de Marzo, que era aquel año lunes de Pascua de Resurrección, apareció Juan de Escovedo alevosamente muerto en el Callejón de Santa María: halláronle atravesado en la calle, entre la pared lateral de la Iglesia y la casa de la Princesa de Évoli: tenía una estocada por la espalda y hallábase el cadáver boca abajo, envuelto todavía en su capa que el rabioso empuje del asesino no le dió tiempo sin duda de desembozar...

¿Qué había sucedido en tan breve espacio de tiempo? ¿Había quizá Felipe II confirmado de nuevo la muerte de Escovedo, o se había interpuesto una mano alevé ejecutando la retractada sentencia contra la voluntad del monarca?... Acaeció en efecto en estos días un suceso que da la clave del misterio: figura este hecho con toda su crudeza en el proceso formado a Antonio Pérez once años después, y fué dispuesto por Andrés de Morgado, hermano de Rodrigo de Morgado, caballero y confidente íntimo e intermediario entre la Princesa de Évoli y Antonio Pérez. En la carta de éste a Felipe II del 12 de Marzo, que acabamos de citar, consta que en esta fecha se hallaba Escovedo todavía convaleciente. «Aquel hombre Verdinegro, dice, dura en su flaqueza y nunca acabará de levantarse». Levantóse pronto, sin embargo, a pesar de este buen deseo de Antonio Pérez, y algunos días después, ya casi en los postreros de Marzo, estuvo a visitar a la Princesa de Évoli, según la declaración de Morgado: quizá iba a despedirse de ella antes de marchar a Flandes; quizá a darle gracias por las pérdidas.

atenciones que tanto la Princesa como Antonio Pérez habían tenido con él durante su enfermedad y convalecencia. Los pormenores de esta funesta visita, que cuenta en su declaración Andrés de Morgado, no son para escritos: baste decir que Escovedo sorprendió a la Princesa y a Antonio Pérez en circunstancias tan indecorosas y significativas, que ciego de cólera y herido en lo más vivo su amor y su respeto a la memoria de Ruy Gómez, prorrumpió en furiosas invectivas contra aquellos dos miserables, y les amenazó con descubrir todo aquello al Rey... Avergonzado Pérez deslizóse del aposento sin decir palabra: mas la Princesa, irritada su soberbia de gran señora y contrariada su pasión de mala hembra sin decoro, hizo frente a Escovedo y contestóle cónicas frases injuriosas para el Rey, que podrán figurar en un proceso donde toda indecencia tiene natural y necesaria cabida, pero que no pueden leerse fuera de allí sin que suba a la frente el carmín de la vergüenza.

Asustada la Princesa misma de sus bravatas, buscó aquella noche a Antonio Pérez a deshora, en su casa, a donde fué a escondidas con una dueña y dos de sus *bravos* que la escoltaban, y a solas ambos culpables, temerosos y aterrados de que Escovedo cumpliera sus amenazas, decidieron y concertaron deshacerse de él antes de que pudiese llevarlas á cabo. Entonces descubrió Antonio Pérez a la Princesa la cédula firmada por Felipe II, en que le autorizaba para matar a Escovedo, y resolvieron ambos utilizar aquel seguro *dado por razón de Estado y retractado después*, para encubrir y asegurar el secreto de sus impúdicos amores.

Veamos ahora cómo llevaron a efecto el crimen.



## XXII



DESCONFIABA ya Antonio Pérez, después de la segunda tentativa de envenenamiento, de poder acabar con Escovedo por medio del veneno, y en su horrible previsión encargó asesinos que le matasen a estocadas o a tiros, si la tercera intentona que proyectaba saliese también fallida. Encargáronse de ello los dos cómplices del crimen desde el primer momento, Diego Martínez el Mayordomo, y el paje Antonio Enríquez. Hizo el primero venir de Aragón dos hombres desalmados, de toda su confianza, duchos en esta clase de aventuras: era el uno Juan de Mesa, tío de aquel otro Gil de Mesa, que tanto figuró como amigo de Antonio Pérez cuando la fuga de éste a Aragón: era el otro un tal Insausti, verdadero tipo del *bravo* de Italia, tan en boga en aquella época, con su aire provocativo, su formidable tizona y sus tufos de largas greñas en las orejas y en la coronilla, que se dejaban caer sobre el rostro a modo de antifaz para no ser conocidos en sus fe-

chorías. Antonio Enríquez, por su parte, reclutó desde luego en Madrid al mismo pícaro de la cocina del Rey, Juan Rubio, que era ya cómplice en el asunto, y entró en tratos con un medio hermano suyo llamado Miguel Bosque, que estaba en tierra de Murcia: fuése allá a buscarle el Enríquez y decidióle al fin mediante la promesa de cien escudos de oro y la protección y seguro de Antonio Pérez: llegaron a Madrid los dos hermanos justamente el mismo día que ahorcaban en la plaza pública a la inocente esclava de Escovedo.

Una vez todos en la corte ocultáronse en sus respectivas madrigueras, como reptiles que temen la luz del sol, esperando llegase el momento del crimen. Era entonces cuando Escovedo, convaleciente todavía del tercer envenenamiento que se intentó en su propia casa, no salía aún a la calle. Mas de allí a muy poco citó con mucha prisa Diego Martínez a su gavilla fuera de Madrid, en un tejear solitario que a una media legua de la puerta de Guadalajara había. Díjoles que el Sr. Antonio había marchado a Alcalá para pasar allí la Semana Santa, y dejado orden de acabar con Escovedo antes de su vuelta y de la del Rey del Escorial, que coincidirían ambas. Urgía, pues, el tiempo y apresuróse Diego Martínez a trazar el plan de campaña: decidióse que fuese Insausti el encargado de dar el golpe, por ser el más famoso puño para estocadas que en Aragón había, y dióle al propósito Diego Martínez una muy buena tizona de hoja larga y acanalada hasta la punta. A los demás repartióles dagas y pistoletes a los que no los tenían, que los más de ellos llevábanlos, como los malhechores de aquel tiempo, ocultos en los gregüescos. Convinieron también en que desde aquella misma tarde se reunirían todos en la plazuela de Santiago, como centro de operaciones, y dividiríanse allí en dos grupos distintos: uno, compuesto de Insausti,

Miguel Bosque y el pinche Juan Rubio, iría a acechar las entradas y salidas de Escovedo en el callejón de Santa María, donde estaba su casa, y aprovecharía la primera ocasión oportuna para darle una estocada; los otros tres, Juan de Mesa, Antonio Enríquez y Diego Martínez, les seguirían desde lejos dispuestos a prestarles auxilio, si era necesario, y a proteger su huída en todo caso.

En aquel apartado rincón que aun en el día de hoy se levanta frente al Palacio Real, solitario y silencioso como un islote perdido en el alborotado mar del Madrid moderno, vivían entonces nobles hidalgos, personajes de la Corte, Grandes y caballeros, que en ella tenían cargos, y refluía allí por lo tanto la vida de entonces por sus estrechas y empinadas callejas. No es, pues, extraño que en los varios días que duró aquel espionaje, nadie fijara la atención en aquellos pájaros siniestros que rondaban de continuo el callejón de Santa María. El 31 de Marzo, que era aquel año de 78 lunes de Pascua, presentóse al fin la ocasión tan buscada. Al anochecer bajaba Escovedo por la calle Mayor hacia la puerta de la Vega, con dirección a su casa: venía solo, como era su costumbre, sin acompañamiento de criados ni pajes. Conocíase en su paso lento e inseguro que le aquejaba aún la flaqueza de la enfermedad, y resguardábase del aire, frío aquella tarde, con el embozo de su capa negra. Detrás de él, pero a muy considerable distancia, venían los tres asesinos Insausti, Miguel Bosque y Juan Rubio, embozados también en sus capas, andando como al descuido, pero sin perder un solo movimiento de su ansiada víctima. Al llegar Escovedo al callejón de Santa María (1) se detuvo un instante, como para tomar alientos, y luego

(1) Este callejón no se llamaba precisamente de Santa María, sino del Camarín de Santa María, por caer allí el de Nuestra Señora de la Almudena. Con el nombre de Almudena existe todavía.

comenzó a subir la empinada cuesta con dirección a su casa: detuviéronse también los asesinos, y después de rapidísimo diálogo, dividiéronse precipitadamente. Juan Rubio, el pinche, siguió con disimulo hasta la esquina del callejón formado entonces por la gran casa de los Cuevas (1), y allí se detuvo como para cortar a Escovedo la retirada. Insausti y Miguel Bosque subieron muy de prisa por lo que es hoy calle del Factor y forma la otra esquina de la casa de los Cuevas, para entrar en el callejón de Santa María por el otro extremo y coger a Escovedo frente a frente. Embarazaban la marcha de éste, además de su flaqueza, las tinieblas de la noche que rápidamente invadían el lóbrego callejón, y las desigualdades del piso que, como el de todas las calles de la época, hallábase sembrado de pedruscos y hondos desniveles producidos por el arrastre de las aguas: caminaba, pues, el desdichado secretario muy despacio, arrimado siempre a la pared de Santa María, y dió tiempo sobrado a los asesinos para que diesen la vuelta y se cruzasen con él ante la casa de la Princesa de Évoli, que estaba pegada a la de los Cuevas por la espalda. Iba Insausti con la espada desenvainada bajo la capa y un pistolete montado en la mano izquierda: Miguel Bosque llevaba preparada la daga y otro pistolete. Cruzáronse con Escovedo rozándole casi y sin que éste fijase la atención en ellos, creyéndoles pacíficos transeuntes. Mas de repente, volviéndose Insausti rápida y calladamente, tiróse a él a fondo con rabioso empuje y le atravesó de parte a parte por la espalda de una formidable estocada. Cayó Escovedo de bruces, sin dar un grito, sin larzar un ¡ay!; dejando escapar tan solo un sordo bramido. Los asesinos se inclinaron sobre él

(1) En esta casa, completamente renovada, está al presente la Embajada de Italia. A su espalda estaba la de la Princesa de Évoli, hoy derribada, pero existente el solar todavía.

un momento por si era preciso rematarle, y huyeron luego desafortadamente; Miguel Bosque, callejón arriba, para salir a la plaza del Alcázar; Insausti, por la calle Mayor, arrastrando en su fuga a Juan Rubio y a Diego Martínez, que muy a lo lejos venían.

Completa Antonio Enríquez esta declaración, diciendo: «El lunes de Pascua, 31 de Marzo, que fué cuando se hizo la muerte, llegamos Juan de Mesa y yo más tarde que de costumbre a la plazuela de Santiago; de modo que ya habían marchado los otros a acechar el paso del Secretario Escovedo. Juan de Mesa y yo nos pusimos a rondar por los alrededores y allí nos llegó el rumor de que habían matado a Escovedo. Entonces nos fuimos de huída a nuestras casas, y al entrar en la mía encontré allí a Miguel Bosque, en jubón, porque al correr había perdido la capa y el pistolete; y Juan de Mesa encontró a su puerta a Insausti, sin capa también, porque la perdió en la huída, y le metió a dentro a escondidas, y juntos echaron en un pozo que en el corral de la posada había el estoque conque había matado a Escovedo, que era largo con canal hasta la punta. Y aquella misma noche fué Juan Rubio a Alcalá en una mula que le dió el clérigo Fernando de Escobar (1) a dar cuenta a Antonio Pérez de cómo estaba ya hecho, y él le preguntó si habían preso alguno, y habiendo sabido que nó, se holgó mucho.»

El asesinato de un personaje tan visible como Escovedo, en mitad de las calles de Madrid, conmovió a todo el vecindario y puso en movimiento a cuantos Alcaldes y alguaciles había en la Corte. Al día siguiente, que era el 1.º de Abril, prendieron a todos los que intentaban salir fuera

(1) Este clérigo Fernando de Escobar, era el encargado de descifrar falsamente las cartas de D. Juan de Austria y de Escovedo, que Antonio Pérez adulteraba.

de puertas, y el día 2 obligaron a los posaderos y hosteleros a dar una lista detallada de todos sus huéspedes. Antonio Pérez mandó a los asesinos estarse quedos en sus escondites y no bullir fuera mientras durase aquel primer furor de pesquisas y no encontraba él medio seguro de ponerlos en salvo. Logrólo al fin, después de muchos días de intranquila espera, y el 19 de Abril salieron todos de la Corte después de ser largamente recompensados. Miguel Bosque recibió de manos del clérigo Escobar cien escudos de oro y se volvió a su tierra. Juan de Mesa volvióse también a Aragón llevando una cadena de oro, cincuenta doblones de a ocho, una taza de plata muy buena y un nombramiento de administrador de los bienes de la Princesa de Évoli, que le dió ella misma. A Insausti, Juan Rubio y Antonio Enríquez, envió Antonio Pérez con Diego Martínez un nombramiento de Alférez a cada uno con veinte escudos de oro de sueldo, y partieron sin demora para sus respectivos puestos: Juan Rubio en Milán, Antonio Enríquez en Nápoles, e Insausti en Sicilia, donde murió a poco (1).

(1) Hemos seguido en este enmarañado asunto de Escovedo el camino indicado por el sabio historiador inglés Martín-Hume en su folleto *El enigma de Antonio Pérez*, publicado en 1903, sobre documentos de la casa de Altamira, existentes en el Museo Británico. No cumple a nuestro propósito seguir desenredando la trama hasta la ruidosa prisión de Pérez y de la Princesa de Évoli, por ser estos hechos muy posteriores a la muerte de D. Juan de Austria. Remitimos por lo tanto al lector a dicho folleto, que termina su autor de esta manera: «Gradualmente y poco a poco se iba deshilando la madeja, y al mismo tiempo se iban abriendo los ojos de Felipe a la falsedad de su Secretario. Supo con horror que la Princesa había sido la querida de Pérez, y que muy poco antes de la muerte de Escovedo, éste había encontrado a los dos en circunstancias sospechosas, e indignado les había reprochado con dureza; que la Princesa, loca de enojo, había jurado entonces vengarse de su atrevimiento. Una comparación de las cartas de D. Juan con la interpretación que les había puesto Pérez reveló al Rey que para sus propios fines políticos el Secretario había calumniado al Príncipe y había envenenado cruelmente los sentimientos del Rey contra su

hermano. Comprendió, por fin, que Escovedo había sido muerto, no por razón de Estado, sino por vengar a la Princesa, y que Pérez había divulgado a ésta los secretos más recónditos del Rey, diciéndole que había ordenado la muerte de Escovedo, escudándose Pérez de su crimen detrás de la orden del Rey y de las pasadas razones de Estado para satisfacer la venganza de una mujer adúltera. Entonces comprendió Felipe II que había sido él, el Rey más poderoso del universo, el juguete de su Secretario, y dictó la rigurosa prisión de Pérez. Del largo encarcelamiento de éste, de sus tormentos y escapes, de sus aventuras en Castilla y Aragón y de sus viles traiciones en el extranjero, no hay espacio aquí para hablar: pero la llave final de todo el misterio se halla en las palabras del Rey cuando se retiró del pleito contra Pérez ante el tribunal de Aragón, donde éste estuvo acusado de asesinato so color de la autoridad real, de la divulgación de los secretos de Estado y de la falsificación de despachos cifrados. «*Aseguro*, dijo el Rey, *que los delitos de Antonio Pérez son tan grandes, quanto nunca vasallo hizo contra su Rey y señor; así en las circunstancias dellos, como en conjuntura, tiempo y forma de cometerlos.—Pero*, continúa el Rey, *el castigarle por ellos publicando los pormenores haría mal a personas cuya reputación y decoro se han de estimar más que la condenación de Antonio Pérez.*» Claro está que si Pérez hubiese sido perseguido por el mero hecho de matar a Escovedo, lo habría sido poco después del crimen. Fué perseguido, como indica el Rey, no por el hecho mismo, sino por las circunstancias, coyuntura y forma en que se hizo; es decir, no fué por matar a Escovedo, sino por haberle matado sirviéndose de la autorización del Rey cuando su muerte ya no era necesaria. Le persiguió el Rey porque le había engañado calumniando a su hermano y falsificando y glosando los desesperados despachos de D. Juan. Le persiguió porque divulgó los secretos de su alto oficio a la compañera de sus ilícitos amores, quien los hacía instrumento de su vergonzosa venganza.





MIENTRAS tanto no perdía el tiempo D. Juan de Austria, y reanimado con los primeros socorros que envió Felipe II, trató de sacar los mayores frutos posibles a la victoria de Gembleux. Habíanse replegado los rebeldes después de su derrota hacia Bruselas, temerosos de que D. Juan dirigiese allí su rumbo, y dejándoles él en esta creencia, prosiguió su plan de campaña con admirable estrategia apoderándose en poco más de un mes de Lovaina, Boubignes, Tillemont, Sichem, Diest, Nivelles y Philippeville... Allí se detuvo extenuado por aquel rudo trabajo, en que le cabían a él las hondas preocupaciones del General y las duras faenas del soldado, y allí también vino a alcanzarle la noticia de la muerte de Escovedo. Este fué para D. Juan el golpe de gracia: no consta cuándo ni por quién llegó a su conocimiento; pero mucha prisa debieron darse al comunicarle la fatal nueva, cuando el 20 de Abril escribía ya a Felipe II esta hermosa carta fiel trasunto de su noble, generosa y cristiana alma:

«Señor. Con mayor lástima de la que sabría encarecer,

he entendido la infelice muerte del secretario Escovedo, de que no me puedo consolar ni consolaré nunca, pues ha perdido V. M. en él un criado tal como yo me sé, y yo el que V. M. sabe; y aunque en esto de sentir tanto como yo lo hago, siento sobre todo que al cabo de tantos años y servicios haya acabado de muerte tan indigna a él causada por servir a su Rey con tanta verdad y amor, sin otro ningún respeto ni invención de las que usan ahora. Y si bien es la cosa más vedada parecer que se juzga de nadie temerariamente, no pienso incurrir en este pecado en este caso, que yo no señalo parte: mas tengo por sin duda lo que digo, y como hombre a quien tanta ocasión se ha dado y que conocía la libertad con que Escovedo trataba el servicio de V. M., témome de dónde le pueda haber venido. Al fin yo no lo sé de cierto, ni no sabiendo lo diré, sino que por amor de Nuestro Señor suplico a V. M. con cuanto encarecimiento puedo, que no permita le sea hecha tal ofensa en su Corte, ni que la reciba yo tan grande como la que también se me hace a mí, sin que se hagan todas las posibles diligencias para saber de dónde viene y para castigarlo con el rigor que merece. Y aunque creo que V. M. lo habrá ya hecho muy cumplidamente, y que habrá cumplido con el sér de Príncipe tan christiano y justiciero, quiero así mesmo suplicarle que como caballero vuelva y consienta volver por la honra de quien tan de veras lo merecía como Escovedo; y así, pues, le quede yo tan obligado, que con justa razón pueda imaginarme haber sido causa de su muerte por las que V. M. mejor que otro sabe. Tenga por bien, suplicóselo, que no solo acuerde y solicite, como lo haré con todos los correos, quanto toca al difunto hasta que le sea hecha entera justicia y remuneración de sus servicios, sino que pase adelante en lo demás con que debo cumplir como caballero.

»Todo esto torno a suplicar a V. M. de nuevo quán humilde y encarecidamente puedo y que se sirva de mandarme respuesta a todos estos particulares, porque confieso a V. M. que ninguno pudiera sobrevenir ahora que tanto me inquiete el espíritu, hasta cumplimiento de todos los que tocan al muerto, como su muerte.

»Yo no sé aún cómo han quedado sus cosas, y así no puedo tratar de ninguna en particular: mas suplico a V. M. que acordándosele del intento que Escovedo llevaba, que era el del honor, y la limpieza con que siempre le sirvió, y del poco cómodo que deja en su casa, haga toda la merced que merecen los que quedan en ella, y principalmente al hijo mayor, de los oficios y beneficios que el padre tenía, que de que Pedro de Escovedo los merece y que es sujeto para ir mereciendo cada vez más, si es empleado y favorecido, V. M. mesmo lo sabe mejor que nadie. Y porque pienso que, según lo que era fuerza gastar y lo poco que tenía, habrá dejado algunas deudas que podrían dar pena a su alma, y acá a sus hijos y mujer, suplicaré también a V. M. les mande hacer merced con que las puedan pagar. Aunque principalmente le suplico quanto puedo que, como a padre que he quedado del dicho hijo mayor, me haga a mí esta tan señalada merced de darle en todo, todo lo que su padre gozaba, porque quanto a las deudas, yo me acomodaré fácilmente a quitar lo más del comer y vestir y de lo que tuviere menester forzosamente para pagarlas, que es lo menos que puedo hacer por descanso de quien trabajó por mí hasta morir, como murió, por descansar a mí, y hacerme acertar el servicio de V. M. en quanto pasaba por sus manos, que era y será quanto he pretendido y pretenderé en toda mi vida.

»Vea V. M. si estas obligaciones merecen que se usen destos oficios y si quedo con razón confiado de que ha de

hacer la merced que pido en todo lo que le suplico y suplicaré continuamente hasta alcanzar la justicia y la gracia que le estarán pidiendo siempre la sangre y los servicios del muerto».

Poco después, estando ya en Namur, escribe el 3 de Mayo a su amigo D. Rodrigo de Mendoza:

«... de lo poco que diré en ésta, será lo primero lo mucho que siento la infelice muerte de Escovedo y cuánto más sentiría que no se averiguase de dónde ha salido tanta maldad, porque cierto, de más de que era el que había menester el servicio de S. M. para lo que manejaba, le debía yo infinito, y he perdido en esta ocasión un gran descanso, y aun creo que más adelante. Téngalo Dios en el cielo y a mí me descubra quién le mató».

Más adelante, el 7 de Junio, escribe a Juan Andrea Doria:

«De la infelice muerte de Escovedo estoy que no sé qué decir, mayormente desde tan lexos, que de cerca aun algo dixera, aunque a mi juicio, caso es que pide más presto obras que palabras: pero atapan la boca y ligan las manos tantas sospechas y ninguna certeza sobre lo qual no se puede de presente más que estar a ver y sentir lo que se debe a un caso y a un criado, tal qual se ha visto en esta muerte de Escovedo».

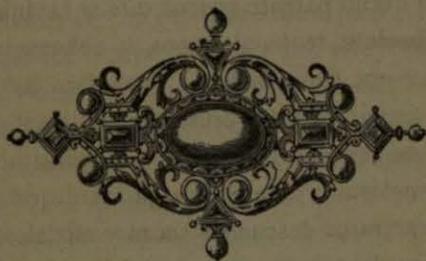
Estos son los únicos documentos de D. Juan de Austria que han llegado hasta nosotros sobre la muerte de Escovedo: mas a pesar de que de ninguna de estas cartas se desprende claramente que hubiese calado D. Juan todo el abismo de iniquidad que tras el alevoso crimen se ocultaba, no es posible creer lo contrario. La opinión señaló desde el primer momento en Madrid como autores del asesinato a Antonio Pérez y a la Princesa de Évoli, y aun se dijo, aproximándose algo a la verdad, una cosa muy de tener en cuenta de que se hacen eco los historiadores más

próximos al suceso, Vander-Hammen y Cabrera de Córdoba: «que para autorizar el asesinato dió Antonio Pérez a los asesinos una cédula con firma del Rey de las que se dan a los embajadores y virreyes en blanco para la brevedad de algún negocio». Estos rumores corrían también fuera de España, como prueba la declaración de Antonio Enríquez, once años después en el famoso proceso: «Dijo Antonio Enríquez que en Italia y en Flandes se decía públicamente que la causa porque había hecho matar Antonio Pérez a Escovedo, era por causa de la Princesa de Évoli».

Imposible era que estos rumores no llegasen a oídos de D. Juan, e imposible también que su mucha perspicacia no atase estos cabos y comprobase su verdad con las noticias ciertas de aquellos culpables amores que tenía él de antiguo. Un hecho patente prueba que si D. Juan no tenía la certeza absoluta, tenía, al menos, la veheméntísima sospecha de que era Antonio Pérez el asesino de Escovedo: desde esta fecha rómpese bruscamente la íntima correspondencia que sostenía D. Juan con el fementido Secretario, y a las melosas y aduladoras cartas de éste solo responde D. Juan raros despachos secos y oficiales, como no podían menos de existir entre el Gobernador General de Flandes y el Secretario de las cosas de este país que lo era Antonio Pérez.

Es más: a nuestro juicio debió entonces de conocer don Juan, a lo menos en parte, las traiciones que Pérez le había hecho, las calumnias que le había levantado, y la ruina total de su crédito que estos manejos habían producido en el ánimo de D. Felipe; y de aquí el desaliento profundo, la negra pasión de ánimo y el presentimiento de su muerte que invadieron entonces al vencedor de Lepanto y no le abandonaron ya en los pocos meses que le restaban de vida... Todo lo sintió desde entonces amargado por la hiel

del desengaño, todo lo vió sombreado por la proximidad de la muerte que por tantos caminos y en tan diversas formas le amenazaba; todo, en fin se arruinó en aquella grande alma desolada y triste, menos su fe religiosa y su lealtad caballeresca, como solo queda en pie en una ciudad arrasada por un terremoto, lo más fuerte, lo más firme, lo que tiene más arraigo y más cimiento; el templo con sus cruces y el castillo con sus almenas.



## XXIV



TACHAN algunos de quimérico el plan de invadir la Inglaterra que proyectaron siempre los dos Pontífices San Pío V y Gregorio XIII, y de iluso y soñador a D. Juan de Austria porque había puesto en ese plan todas sus aspiraciones y sus vehementes deseos de gloria. No juzgaba de igual modo Lord Burghley, político inmoral ciertamente, pero el más profundo y de más larga vista que poseía entonces Inglaterra. En una memoria manuscrita, toda de su mano, que cita Mignet y existe en el Museo Británico de Londres, dice a la Reina Isabel de Inglaterra aconsejándola enviar pronto socorros a los rebeldes flamencos. «Si los españoles llegan a someter a los Países Bajos no desperdiciarán ninguna ocasión de invadir la Inglaterra y unir sus esfuerzos a los de los descontentos del reino; así es que si D. Juan acaba con los Estados no tardará en volver las armas contra V. M. Las inteligencias que existen entre él y la Reina de Escocia, desde que llegó a los Países Bajos; sus entrevistas con el Embajador de esta Reina el Obispo de Glasgow, y la opinión general de que existe un proyecto de matrimonio entre él y ella, son las razones que me

hacen pensar así. Según los que desean un cambio de Religión en Inglaterra, este matrimonio es el mejor y único medio de volver el reino a la Iglesia de Roma. Por este casamiento D. Juan tendría un título a la corona de Inglaterra, y entonces se vería al Papa, al Rey de Francia, al Rey de España y a todos los Príncipes católicos, prestarle su apoyo: el Papa por motivos de Religión, el Rey de Francia por complacer a la casa de Guisa y para impedir que Inglaterra favorezca a los protestantes de Francia, y el Rey de España por colocar ventajosamente a su hermano. Conceder auxilios a los Países Bajos es, pues, una medida de conservación y de libre defensa para este reino».

Estas graves razones que nada tenían de quiméricas para Burghley, decidieron a la Reina Isabel y a los señores de su Consejo a socorrer a los rebeldes flamencos aun más descaradamente que lo habían hecho antes, no ya solo con dinero, sino también con tropas inglesas y escocesas bajo el mando de Norris. Mas como se convencieran bien pronto de que el verdadero obstáculo que se oponía a sus fines era la persona de D. Juan, y de que nada ni nadie era capaz de intimidar su valor, ni de agotar su paciencia, ni de sobrepasar su pericia militar, juzgaron, como había juzgado Orange antes de la retirada de Namur, que el medio más corto y seguro de vencer aquel obstáculo, era arrollarlo a traición, quitando a D. Juan alevosamente la vida. Una voz de alerta quiso Dios, sin embargo, que saliera desde el fondo de una prisión y llegase a oídos de D. Juan para impedir este nuevo crimen...

Había en Londres un mercader español, natural de Tarazona, rico y considerado entonces, que se llamaba Antonio de Guaras: vivía en una casa del gremio de lenceros con almacén y muelle sobre el Támesis, y allí acudían muchos buhoneros a surtirse de efectos que vendían después

al por menor recorriendo los condados. Mas en aquellas humildes barquitas de los buhoneros que subían lentamente por el Támesis, llegaban a casa de Antonio de Guaras secretos de la mayor importancia y recados de grandes personajes; porque era el mercader aragonés, desde los tiempos de Enrique VIII, agente de la corte de España y habíase constituido desde la llegada de D. Juan de Austria a Flandes, en el más acérrimo propagandista de la invasión española en Inglaterra, y en intermediario entre aquel y la Reina María Estuardo, presa a la sazón en el castillo de Sheffield. A Guaras, pues, dirigía D. Juan sus cartas a la Reina de Escocia, y a él iban dirigidas las que ella le contestaba: correspondencia esta interesantísima de que no queda por desgracia rastro alguno.

Pues sucedió que bajo el disfraz de uno de estos buhoneros, llegó un día a casa de Antonio de Guaras el jesuita inglés Holt, que juntamente con su compañero escocés Chreighton había enviado Gregorio XIII a Inglaterra como agentes suyos en el negocio de la invasión española. Venía de Sheffield y era portador de una carta cifrada de María Estuardo para Antonio de Guaras; traía dentro de un espejillo con mucho arte dispuesto, que para estas peligrosas ocasiones llevaba siempre entre sus baratijas de buhonero. En esta carta mandaba la Reina de Escocia a Antonio de Guaras prevenir a D. Juan el complot que contra su vida urdían los señores del Consejo de la Reina Isabel, cuya noticia había llegado a Sheffield por uno de los muchos partidarios del matrimonio de María y D. Juan, que por aquel entonces populaban y trabajaban en Inglaterra y Escocia: sus noticias eran sin embargo incompletas, porque solo hablaba vagamente del dicho complot, sin precisar detalle alguno y limitándose tan solo a recomendar a D. Juan la guarda de su persona:... *«il me semble que le Sieur Don*

*Juan se doit soigneusement donner garde qu'il n'aye au près de lui quelques plus grandes espions que fidelles serviteurs anglois ou aultres, etc., etc.»*

Alarmado Guaras apresuróse a comunicar este aviso a D. Bernardino de Mendoza, embajador entonces en Londres del Rey Católico, y gran partidario de María Estuardo y con más medios de acción éste y más elementos de espionaje logró al fin hallar el hilo del ovillo hasta donde era necesario, y pudo así escribir a Felipe II el 17 de Mayo. «Aquí ha muchos días que se platica en casa del de Leicester de matar a S. A. (D. Juan de Austria) refrescándose la plática con la buena ocasión de la guerra, de lo qual he dado aviso a S. A. y juntamente que esta Reina dió libertad a los 10 a Edemondo Ratelife (1) hermano del Conde de Sussex, que estaba preso en la torre de Londres tres años ha... y a causa de habersele dado libertad mui en secreto desterrándole de este Reino, que es cosa que pocas veces o ninguna se ha visto, resolviéndose éste en el mismo punto que le dieron libertad de ir a servir a S. A., le he advertido dello por ser moço desbaratado y atrevido para cualquier cosa según lo que aquí me aseguran, pues su repentina libertad y resolución puede con razón engendrar sospecha.»

Había ya en efecto D. Bernardino, como en esta carta indica, escrito al Señor D. Juan y enviándole también un retrato de Racleff que pudo proporcionarse, para que le reconociera, si se presentaba, al primer golpe de vista. No tardó en hacerlo el asesino: hallábase D. Juan en el campo de Tilimont, y un día que daba audiencia, vióse entrar de repente en su tienda a Edmundo Racleff solicitando humildemente que le hiciese la merced de escucharle. Había entrado

(1) Llamábase Edmundo Racleff y era bastardo del Conde de Sussex.

en el campamento burlando la vigilancia de los centinelas y tenía escondidos en un bosque próximo dos ligeros caballos húngaros para asegurar la huida, en el caso de que pudiera desde luego dar el golpe. Conocióle D. Juan al punto por el retrato que le mandó D. Bernardino y sin demostrar la menor sorpresa ni recelo, mandóle benignamente que hablase: al mismo tiempo llamó con la mayor naturalidad a su ayuda de cámara Bernardino Duarte y dióle en secreto para su Capitán de Guardias la orden de prender a aquel caballero cuando saliese de la tienda y entregarle al Preboste general del campamento. Mientras tanto explicaba Racleff a D. Juan con la más refinada hipocresía quién era su persona y cuáles sus pretensiones: díjole que era hijo del viejo Conde de Sussex, y católico, apostólico, romano; pero que hallándose desavenido con su hermano mayor por cuestiones de religión, y queriendo él asegurar su perseverancia y muerte en la Fe Romana, habíase huido de Inglaterra para ponerse al servicio del Rey Católico, y sólo pedía a D. Juan un puesto en su ejército, y un sueldo proporcionado a su clase, porque tenía mujer e hijos pequeños que sustentar... Y mientras así decía el malvado, acechaba con la vista y calculaba el sitio donde le había de herir.

Escuchábale D. Juan, mirándole de hito en hito sin perder ninguno de sus movimientos, y contestóle al fin afablemente, elogiando su fe religiosa, alabando sus propósitos, y prometiéndole en nombre del Rey su hermano ayudarle a cumplirlos. Sostenían esta plática ambos interlocutores paseando muy despacio por dentro de la tienda y procuraba Racleff con disimulo alargar el paseo por el campo, como solía D. Juan al despachar las audiencias, con el fin de alejarle algunos pasos entretenido con la conversación. Era su intento clavarle entonces en el pecho una daga emponzo-

ñada que llevaba dispuesta, dejar dentro de la herida el arma, y huir al punto por el bosque próximo donde tenía los caballos preparados. Mas D. Juan, como si se complaciera en jugar con el peligro, llegaba hasta la puerta, daba uno o dos pasos fuera, y volvía otra vez hacia el fondo de la tienda, hasta que dando al fin por terminada la audiencia, despidióle hasta el día siguiente *en que le tendría buscado su acomodo*. Retiróse Racleff prometiéndose hacer en esta segunda audiencia lo que no había logrado en la primera, y no bien puso el pie fuera de la tienda prendióle el Capitán de Guardias de D. Juan y entrególe al Preboste. Protestó Racleff de su inocencia en los primeros interrogatorios, pero puesto en el tormento confesó plenamente todo lo que llevamos dicho. No fué ejecutado en vida de D. Juan, pero mandóle degollar Alejandro Farnesio después de su muerte, juntamente con el otro cómplice, también inglés, que esperaba en el bosque con los caballos húngaros.

El día 16 de Enero de 1579 escribía D. Bernardino de Mendoza a Felipe II desde Londres. «El de Parma ha mandado hacer justicia de los dos ingleses que escribí a V. M. a los diez y seis de Mayo, que habían partido de aquí con orden de matar al Señor D. Juan, que Dios tenga. Esta Reina dijo cuando tuvo la nueva de Walsingham con mucho enojo, que aquel era el suceso de los consejos que él y otros la daban, y el estado a que la traían, cuyas palabras sintió el Walsingham de manera que vino otro día de la corte con calentura a este lugar».



## XXV



AL anohecer del martes 16 de Setiembre de 1578, sintió repentinamente D. Juan de Austria intenso frío de calentura y un como desabrigamiento general en todos sus miembros. Duróle la calentura toda la noche, y al día siguiente, desabrido aún el cuerpo y muy dolorida la cabeza, levantóse, sin embargo, a su hora ordinaria, oyó Misa, despaché negocios, celebró Consejo, y visitó algunos cuarteles. Sucedió esto en el campo de Tirlmont, adonde D. Juan había trasladado sus reales después de la famosa batalla de Malinas, última que dirigió y en la que tan memorables proezas se hicieron. Diezmaba la peste el campo de los rebeldes, y aunque el contagio no había penetrado en el de D. Juan, padecía en él mal de cámaras, y cebábase especialmente en las tropas tudescas, gente toda intemperante en el comer, y en el beber no escrupulosa. Preocupaba ésto con razón al señor D. Juan y tomaba precauciones extraordinarias para evitar el contagio, inspeccionándolo todo él mismo, haciendo rondas diarias por los cuarteles, visitando a los enfer-

mos en sus barracas, socorriéndoles y animándoles, y procurando, sobre todo, que no muriese ninguno sin recibir el Viático, al cual solía acompañar él las más de las veces, asunto este de los Sacramentos, que por lo trascendental y eterno tenía encomendado a su confesor de entonces el franciscano Fray Francisco de Orantes, para que urgiese y vigilase a los muchos religiosos que había en el campo: porque D. Juan, que siempre cuidó mucho del bien espiritual de sus tropas, había llegado en estos últimos tiempos a hacer de su campamento, según Vander-Hammen y Cabrera de Córdoba aseguran, un verdadero monasterio de religiosos.

Temióse, pues, que aquella repentina dolencia de don Juan fuese precursora de la peste, y afirmóse más este temor al ver que caían con los mismos síntomas tres o cuatro caballeros de su casa, de los que más de cerca le trataban, y entre ellos el anciano Gabrio Cervelloni, que contaba ya setenta años, y construía a la sazón, por orden de D. Juan, un extenso fuerte en las alturas de Bouges, frente al campo de Tirlemont, y a una legua escasa de Namur. Sosegáronse las alarmas al cuarto día viendo que cesaba en D. Juan la calentura, y desaparecían las demás molestias: mas al quinto, que fué un sábado, recayó de repente D. Juan, y mientras los demás enfermos proseguían mejorando, y llegaban a la convalecencia, presentábanse en él nuevos síntomas de enfermedad extraña, con saltos de corazón que le hacían levantarse en la cama, temblores de manos, brazos, lengua y ojos, y unas manchas coloradas, y otras lívidas y casi azules, con puntas ásperas y negras.

Cundió entonces por el campo otra sospecha que los historiadores antiguos nos han transmitido y los modernos hacen más verosímil con nuevos datos y descubrimientos. Díjose que D. Juan de Austria había sido envenenado en

la convalecencia, y Vander-Hammen llega hasta indicar la mano que sirvió de instrumento al crimen. «Esto hizo sospechar a su familia, dice, había sido envenenado, y que el Doctor Ramírez le había dado algo en el caldo». Y en el diario de la enfermedad de D. Juan, llevado por el médico de éste, cuyo original inserta Porreño en su vida del héroe de Lepanto, léense estas palabras: «Usóse, con alguna sospecha, el remedio contraveneno, agora fuese de fuera, agora de dentro».

La voz pública, así en el campo como donde quiera que llegaba la noticia, señaló al punto como autores del crimen sospechado, a la Reina de Inglaterra, o al Príncipe de Orange: la reciente tentativa de Racheff y las varias frustradas de Orange autorizaban el mal juicio, y la aplicación del principio jurídico *cui prodest*, encajaba también, como anillo en el dedo, así a la Reina hereje como al Príncipe apóstata...

Mas nadie pudo sospechar entonces que aquel siniestro *cui prodest* cuadrase mejor que a nadie al Secretario Antonio Pérez, porque ignorábase todavía que a nadie interesaba como a éste la desaparición de D. Juan de Austria de la escena del mundo. Horrible pesadilla debió de ser en efecto, para Antonio Pérez el solo pensamiento de que pudiese volver a España D. Juan de Austria, sabiendo o sospechando, al menos, las infamias, crímenes y tramoyas de que le había hecho víctima; que una vez puesto en la pista, indagase, averiguase, adquiriese la certidumbre, y en la terrible sed de justicia que con razón le devoraba, pusiese todo en claro en una sola entrevista con el Rey su hermano, y le huudiese a él para siempre en el abismo de infamia y de iniquidad en que la mano de Dios le sepultó más tarde. Es, pues, muy verosímil, que convencido al fin Antonio Pérez de la vuelta a España de D. Juan de Austria, intentase detenerle para siempre con *un caldo del Doctor Ramí-*

res u otro medio semejante; y es opinión común al presente, que si hubo crimen en la muerte de D. Juan—lo cual no resulta suficientemente probado—lo mismo puede atribuirse a la Reina de Inglaterra, que al Príncipe de Orange, que al Secretario Antonio Pérez: los tres eran capaces de ello, y a los tres reportaba también grandes ventajas, aunque por diversos conceptos, la muerte del vencedor de Lepanto.

Mas sea ello lo que fuere, es lo cierto que desde el primer instante de su recaída comprendió D. Juan que se moría y que llegaba aquella muerte por él tan esperada

... que non ha dolor  
Del home que sea grande ni cuytado.

Aprestóse, pues, a recibirla con ánimo entero y varonil, digno como de Príncipe, humilde como de cristiano, y fué la primera de sus disposiciones que le trasladasen al fuerte que a la sazón construía Gabrio Cervelloni, que distaba una legua del campo. Hízose llevar por sus criados en una camilla de campaña, sin orden ni previo aviso, para evitar a los soldados el dolor de despedirle, y no causar a nadie alarma ni molestia. Había quedado por dentro del muro de circunvalación del fuerte, única cosa en él terminada, una casucha o más bien palomar, donde se alojaba D. Bernardino de Zúñiga, Capitán de infantería y criado de D. Juan, y allí se mandó llevar éste por no desacomodar a nadie. «No había, dice Vander-Hammen, sino un palomar donde hacerle el aposento. Quitáronle la palomina, limpiáronle, colgáronle unos reposteros por el techo y las paredes, por tapar las lumbreras, y encima unos damasquillos; rociáronle con agua de olor, y hecha una escalera de palo le subieron a él». Y el Padre confesor Fray Francisco de Orantes, escribe a Felipe II: «Murió en una barraca, pobre como un

soldado: que aseguro a V. M. que no había sino un sobradillo encima de un corral, para que en esto imitase la pobreza de Cristo».

Sucedía todo esto el sábado 20, y el domingo 21, muy de mañana, mandó llamar D. Juan a su confesor Fray Francisco de Orantes, y con mucha humildad y gran dolor de sus pecados, hizo confesión general de toda su vida, con el ahínco y el fervor de quien se prepara a morir; y aunque los médicos le daban aún esperanzas de vida y pretendían disuadirle, pidió el Viático y recibiólo acto continuo con gran devoción y entereza, en una misa que celebró en el aposento el Jesuita *Juan Fernández*. Convocó luego en aquel miserable recinto a todos los Maestros de campo, Consejeros de Estado y demás personajes agregados al ejército, y ante ellos resignó solemnemente el mando, entregando su bastón al Príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, que estaba allí presente, arrodillado a los pies de la cama, tan oprimido y angustiado por el mucho amor que a D. Juan profesaba, que hundía la frente en las ropas del lecho, y el Conde de Mansfeld tuvo que levantarle y animarle. Y fué cosa maravillosa que conmovió todos los ánimos y puso lágrimas en los ojos de aquellos veteranos, el ver que *aquel rayo de la guerra*, Alejandro Farnesio, de valor temerario y de energía indomable, se afligiese y acongojara como débil mujer al recibir aquella distinción suprema de manos de su amigo y deudo moribundo.

Dirigiéndose después a su confesor Fray Francisco de Orantes declaró ante todos lo que ya le había dicho a él en secreto.—«Que no dejaba testamento porque nada poseía en el mundo que no fuese de su hermano y señor el Rey, y que a éste por lo tanto tocaba disponer de todo.—Que encomendaba al Rey su alma y su cuerpo: su alma, para que le mandase hacer sufragios según la mucha nece-

sidad que de ello había: su cuerpo, para que lo hiciese enterrar cerca de su señor y padre el Emperador, que con esto quedarían sus servicios satisfechos y pagados; y si esto no hubiere lugar, que le diesen sepultura en el monasterio de Nuestra Señora de Monserrat.—Item, le suplicaba que mirase por su madre y hermano.—Item, que mirase por sus criados y los pagase y gratificase, porque tan pobre moría él que no podía hacerlo.—*Cuanto a la obligación de personas que yo tengo y cuentas, dijo por último, pocas son y muy claras*».

Y dicho esto con gran entereza, despidióles a todos con la mano, y despidióse él mismo de las cosas de la tierra, para no pensar ya ni tratar más que de las del cielo.

Retuvo sin embargo al Padre Juan Fernández y, mostrándole un librito manuscrito que tenía bajo la almohada, díjole que aquellas eran las oraciones que rezaba él todos los días, sin que hubiese dejado de hacerlo uno solo de su vida, y que como el horrible dolor de cabeza que padecía le nublabla la vista impidiéndole leer, le suplicaba por amor de Dios, y amor suyo, le hiciese la merced de rezarlas en su nombre. Prometiéndole el Padre muy conmovido, y según testimonio del mismo, empleó una hora bien cumplida en recitar aquellas oraciones que el devoto Príncipe *rezó todos los días de su vida*, en medio de las fatigas de la guerra, las preocupaciones del gobierno, y lo que más difícil es, en medio de la disipación de los placeres mundanos. Estaba todo el libro escrito de mano de D. Juan; comenzaba por las infantiles oraciones que aprendió en su niñez de doña Magdalena de Ulloa; seguíanse varios ejercicios piadosos y concluía por diversas oraciones compuestas por el mismo D. Juan, según se las habían inspirado en todo el curso de su vida, sus apuros, sus dolores, sus esperanzas, sus alegrías y sus calurosas efusiones de agradecimiento. Era, en fin,

aquello un índice compendiado de su relaciones con Dios en todos los trances de su vida, que el agradecido corazón de D. Juan repasaba diariamente, y que sólo el santo Padre Juan Fernández tuvo la dicha de conocer.

Era este Padre Juan Fernández el que pocos meses después, y bajo el mando ya de Alejandro Farnesio, realizó la horrenda hazaña, acto de caridad increíble al mismo tiempo, del foso de Mastrich, que hemos narrado ya en otra parte (1). Habíale conocido D. Juan en Luxemburgo, a su llegada a Flandes, y admirado de su santidad, prudencia y letras, y profundamente edificado de su incansable y caritativo celo en pro de los soldados, incorporóle desde luego al ejército y llevóle consigo por todas partes; y aunque nunca fué su confesor oficial, reconciliábase con él a menudo y consultábale privadamente en todos los casos difíciles. En estos breves días de su última enfermedad asistióle de continuo con Fray Francisco de Orantes, y en los ratos que dejaban libre a D. Juan su horrible dolor de cabeza y sus agitados delirios, sostenía con él espirituales pláticas que mantenían en el enfermo su dulce y resignada paz, y dejaban en el Jesuíta el consuelo inefable que sienten los justos ante las maravillas de la gracia divina.

En una de estas conversaciones íntimas reveló D. Juan de Austria al P. Juan Fernández, el propósito firmísimo que había formado cuatro meses antes, si Dios le sacaba con vida de Flandes, de retirarse para siempre del mundo en los Hermitaños de Monserrat y servir allí *a aquel Señor que podía y quería mucho mayores cosas que su hermano D. Felipe...* Amarga frase ésta, que sin envolver censura alguna contra Felipe II, como algunos pretenden—porque

(1) Véase en nuestras *Lecturas Recreativas* el artículo titulado *Hombrés de Antaño*, y para conocer la edificante vida del P. Juan Fernández, los *Varones Ilustres*, del P. Nieremberg.

no puede haberla en suponer mayor poder y mejor querer en el Rey del cielo que en el más poderoso y santo Rey de la tierra—revela, sin embargo, el profundo desengaño que se apoderó del vencedor de Lepanto cuatro meses antes, es decir, a raíz de la muerte de Escovedo.

Mientras tanto la enfermedad destruía rápidamente la persona de D. Juan, presentando cada día y aun cada hora, nuevos síntomas dolorosos y extraordinarios. Tomábanle unas veces desmayos profundos en que parecía exhalar ya el último aliento, y otras furiosos delirios de cosas fieras y de guerra, en que se le figuraba siempre mandar una batalla, y de que solo le arrancaban, por raro prodigio, los nombres de Jesús y de María, que invocaban a su oído los Padres Orantes y Fernández. El día 30 sintió D. Juan tan acabadas sus fuerzas, que quiso recibir de nuevo el Viático y encargó a Fray Francisco de Orantes que le diesen la Extremaunción con tiempo, cuando creyese era llegado el momento oportuno. Creyólo así el Confesor al anocheecer de aquel mismo día, y administróle este último Sacramento, que recibió D. Juan con gran devoción y perfecto conocimiento en presencia de todos los Maestros de campo y demás personajes que se apiñaban en el estrecho recinto.

Nadie durmió aquella noche ni en el fuerte, ni en el campo, y sin cesar iban y venían de una a otra parte mensajeros portadores de tristes noticias. Al amanecer díjole Misa el P. Juan Fernández enfrente del lecho, y como tuviera ya los ojos quebrados, creyéronle sin conocimiento: mas advirtiéndole el Confesor que alzaban el Santísimo Sacramento, acudió con gran presteza a quitarse un bonetillo que tenía en la cabeza, y le adoró.

A las nueve pareció reanimarse algún tanto y acometióle entonces un nuevo delirio en que con increíble fuerza comenzó a enfurecer a lo militar mandando una batalla, a or-

denar los batallones, llamar por su nombre a los Capitanes, enviar los caballos volantes, reprendiéndoles unas veces porque se dejaban cortar del enemigo, apellidando otras la victoria con los ojos, con las manos, con la voz, clamando siempre por el marqués de Santa Cruz, a quien llamaba *D. Alvaro amigo*, su maestro, su guía, y su brazo derecho...

—¡Jesús... Jesús... María! imploraba el Confesor a su oído.

—¡Jesús... Jesús... María! repitió al cabo D. Juan de Austria y fuese poco a poco sosegando al pronunciar estos sagrados nombres, hasta quedar sumido en profundo letargo, precursor sin duda de la muerte, cerrados los ojos, inerte todo el cuerpo, con el Cristo de los moriscos sobre el pecho, que le había puesto el P. Juan Fernández, revelándose en él la vida tan solo por el estertor fatigoso y entrecortado.

Arrodilláronse todos creyendo llegado el instante supremo, y los dos religiosos comenzaron a rezar, alternando, las preces de los agonizantes... De repente, a eso de las once, dió D. Juan un gran suspiro y oyósele articular distintamente con voz débil pero clara, dulce, quejumbrosa, como de niño enfermo que llama a su madre.

—¡Tía!... ¡Tía!... ¡Señora Tía!...

Y ya no dijo más: por dos horas prolongóse aún aquel letargo y a la una y media, sin esfuerzo, sin sacudida, sin violencia alguna, boqueó dos veces y el alma de *aquel Juan enviado por Dios*, voló al seno del mismo a darle cuenta de la misión que le había confiado.....

.....  
.....  
.....  
..... ¿La había cumplido en efecto? ¿Limitábase la misión de D. Juan de Austria a hundir en las aguas de Lepanto el inmenso poderío del Turco, amenaza constante de la Fe de Cristo, y de la libertad de Europa, o extendíase también a conquistar el reino de Inglaterra, y a volver

aquel gran pueblo al redil de la Iglesia Católica, como los dos Vicarios de Cristo San Pío V y Gregorio XIII quisieron y pensaron?...

Si así fué, D. Juan de Austria pudo muy bien saldar su cuenta ante el tribunal divino, consignando allí, por toda respuesta, aquellas palabras de Cristo a Santa Teresa que tan pavorosamente marcan el alcance aterrador del humano libre albedrío.

—Teresa, yo he querido... pero los hombres no han querido... (1).

---

(1) Cuenta el P. Eusebio Nieremberg en su vida del santo P. Juan Fernández este raro suceso referente a D. Juan de Austria: «Algunos días después (de la muerte de D. Juan) se le apareció al Padre estando en un Colegio nuestro y le dixo:—Padre Juan Fernández, cómo os avéis olvidado de los amigos? El P. le dixo:—No me he olvidado, Señor: mas qué es menester agora que yo haga? Díxole que tenía necesidad de que le ayudase con sus sufragios, y hiziese ciertas cosas. Hizo el siervo de Dios con muchas veras y presteza lo que le pidió, diciéndole misas, haciendo por él oración y penitencias y haciendo a los demás que hiziesen lo mismo. Y al cabo de pocos días le tornó a aparecer ya glorioso y resplandeciente, diciéndole que ya iba al cielo y muy agradecido a las buenas obras que había hecho por él».

FIN

